

ITALO  
CALVINO  
LAS  
COSMICÓMICAS



El texto de la colección es realmente una explosión de fantasía: los cuentos, narrados en primera persona por el protagonista, el viejo Qfwfq, se inspiran en nociones científicas (algunas de las cuales se encuentran desacreditadas hoy en día), principalmente de astronomía para desarrollar historias surrealistas e hilarantes.

A cada cuento lo precede un breve paratexto en cursiva que proporciona al lector la evidencia científica o paracientífica: luego el cuento propiamente dicho, en forma de monólogo, desarrolla el tema del paratexto.

El protagonista Qfwfq tiene la edad del universo. No hay acontecimiento de un millón o de un billón de años atrás al que no haya asistido. Galaxias y dinosaurios, sistemas solares y eras geográficas, basta una alusión para que Qfwfq se ponga a contar.

No es un personaje, Qfwfq, es una voz, un punto de vista, un ojo (o un amigo humano) proyectado hacia realidad de un mundo cada vez más refractario a las palabras y a las imágenes.

## Índice de contenido

Cubierta

Las cosmocómicas

La distancia de la Luna

Al nacer el día

Un signo en el espacio

Todo en un punto

Sin Colores

Juegos sin fin

El tío acuático

Cuánto apostamos

Los Dinosaurios

La forma del espacio

Los años luz

La espiral

I

II

III

Sobre el autor

## La distancia de la Luna

*Hubo un tiempo, según sir George H. Darwin, en que la Luna estaba muy cerca de la Tierra. Poco a poco las mareas fueron empujándola lejos, esas mareas que ella, la Luna, provoca en las aguas terrestres y en las cuales la Tierra va perdiendo lentamente energía.*

¡Claro que lo sé! —exclamó el viejo Qfwfq—, vosotros no podéis recordarlo, pero yo sí. Teníamos siempre encima, a la Luna, inmensa; en el plenilunio —noches claras como el día, pero con una luz color mantequilla— parecía que iba a aplastarnos; en el novilunio rodaba por el cielo como un paraguas negro llevado por el viento, y en el cuarto creciente se acercaba con los cuernos tan bajos que parecía a punto de ensartar la cresta de un promontorio y quedarse allí anclada. Pero todo el mecanismo de las fases no funcionaba como hoy, porque las distancias del Sol eran diferentes, y las órbitas, y la inclinación no recuerdo de qué; para no hablar de los eclipses: con Tierra y Luna tan pegadas, los había a cada rato, imaginad si esas dos bestias no iban a encontrar la manera de hacerse continuamente sombra la una a la otra.

¿La órbita? Elíptica, naturalmente, elíptica; tan pronto se nos echaba encima como remontaba vuelo. Las mareas, cuando la Luna estaba más baja, subían y no había quien las sujetara. Eran noches de plenilunio muy muy bajo y de marea muy muy alta y si la Luna no se mojaba en el mar era

por un pelo, digamos, unos pocos metros. ¿Si nunca habíamos tratado de subirnos? ¡Cómo no! Bastaba llegar justo con la barca, apoyar una escalera y arriba.

Donde la Luna pasaba más bajo era en mar abierto, en los Escollos de Zinc. Íbamos en esas barquitas de remos que se usaban entonces, redondas y chatas, de corcho. Cambíamos varios: yo, con el capitán Vhd Vhd, su mujer, mi primo el sordo y a veces la pequeña Xlthlx, que tendría entonces unos doce años. Aquellas noches el agua esaba tranquilísima, plateada, parecía mercurio, y los peces, dentro, violeta, no podían resistir a la atracción de la Luna y salían todos a la superficie, y también pulpos y medusas de color azafrán. Había siempre un vuelo de bichos minúsculos —pequeños cangrejos, calamares y también algas ligeras y diáfanas y plantitas de coral— que se despegaban del mar y terminaban en la Luna, colgando de aquel cielo raso calcáreo, o se quedaban allí en mitad del aire, en un enjambre fosforescente que ahuyentábamos agitando hojas de banana.

Nuestro trabajo era así: en la barca llevábamos una escalera; uno la sostenía, otro subía y otro le daba a los remos hasta llegar debajo de la Luna; por eso teníamos que ser tantos (sólo he nombrado a los principales). El que estaba en lo alto de la escalera, cuando la barca se acercaba a la Luna gritaba asustado: «¡Alto! ¡Alto! ¡Me voy a dar un cabezazo!». Era la impresión que teníamos viéndola encima tan inmensa, tan erizada de púas filosas y bordes mellados y dentados. Ahora quizás sea diferente, pero entonces la Luna, o mejor dicho, el fondo, el vientre de la Luna, en fin, la parte que pasaba más cerca de la Tierra hasta rozarla casi, estaba cubierta de una costra de escamas puntiagudas. Parecía el vientre de un pez, y también el olor, por lo que recuerdo, era, si no exactamente de pescado, apenas más leve, como de salmón ahumado.

En realidad, desde lo alto de la escalera se llagaba justo a tocarla extendiendo los brazos, de pie, en equilibrio sobre

el último peldaño. Habíamos tomado bien las medidas (todavía no sospechábamos que se iba alejando); en lo único que había que fijarse bien era en la forma de poner las manos. Yo elegía una escama que pareciera sólida (nos tocaba subir a todos, por turno, en tandas de cinco o seis), me sujetaba con una mano, después con la otra e inmediatamente sentía que escalera y barca escapaban bajo mis pies y que el movimiento de la Luna me arrancaba a la atracción terrestre. Si, la Luna tenía una fuerza que te arrastraba, lo sentías en aquel momento de paso entre una y otra; había que levantarse de golpe, con una especie de cabriola, aferrarse a las escamas, alzar las piernas para encontrarse de pie en el fondo lunar. Visto desde la Tierra parecías colgado cabeza abajo, pero para ti era la misma posición de siempre y lo único extraño era, al alzar los ojos, verte encima la capa del mar brillante con la barca y los amigos para arriba, balanceándose como un racimo colgando del sarmiento.

En aquellos saltos el que desplegaba un talento particular era mi primo el sordo. Sus toscas manos, apenas tocaban la superficie lunar (era siempre el primero que saltaba de la escalera) se volvían de pronto suaves y seguras. Encontraba en enseguida el punto donde debían agarrarse para izarse; más aún, parecía que le bastaba la presión de las palmas para adherirse a la corteza del satélite. Una vez tuve realmente la impresión de que la Luna se le acercaba cuando él le tendía las manos.

Era igualmente hábil en el descenso a Tierra, operación más difícil todavía. Para nosotros consistía en un salto en alto, lo más alto posible, con los brazos levantados (visto desde la Luna, porque visto desde la Tierra en cambio se parecía más a una zambullida o a nadar en profundidad, con los brazos colgando), en fin, igual al salto desde la Tierra, sólo que ahora nos faltaba la escalera porque en la Luna no había adónde apoyarla. Pero mi primo, en vez de echarse con los brazos adelante, se inclinaba sobre la superficie lunar con la cabeza hacía abajo como en una ca-

briola, y se ponía a dar saltos haciendo fuerza con las manos. Desde la barca lo veíamos de pie en el aire como si sostuviera la enorme pelota de la Luna y la hiciera rebotar golpeándola con las palmas, hasta que sus piernas quedaban a nuestro alcance y conseguíamos atraparlo por los tobillos y bajarlo a bordo.

Me preguntaréis ahora qué diablos íbamos a hacer en la Luna, y os lo explico. Íbamos a recoger leche, con una gran cuchara y un cubo. La leche lunar era muy densa, como una especie de requesón. Se formaba en los intersticios entre escama y escama por la fermentación de diversos cuerpos y sustancias de origen terrestre, procedentes de los prados y montes y lagunas sobre los cuales volaba el satélite. Se componía esencialmente de: jugos vegetales, renacuajos, asfalto, lentejas, miel de abejas, cristales de almidón, huevos de esturión, mohos, pollitos, sustancias gelatinosas, gusanos, resinas, pimienta, sales minerales, materiales de combustión. Bastaba meter la cuchara debajo de las escamas que cubrían el suelo costroso de la Luna para retirarla llena de aquel precioso lodo. No en estado puro, claro está; las escorias eran muchas: en la fermentación (la Luna atravesaba extensiones de aire tórrido sobre los desiertos) no todos los cuerpos se fundían; algunos se quedaban incrustados: uñas y cartílagos, clavos, hipocampos, carozos y pedúnculos, cacharros rotos, anzuelos, a veces hasta un peine. De modo que ese puré, después de recogido, había que desnatarlo, pasarlo por un colador. Pero la dificultad no era esa, sino cómo enviarlo a la Tierra. Hacíamos así: se lanzaba hacia arriba cada cucharada como una catapulta, con las dos manos. El requesón volaba y si el tiro era bastante fuerte iba a estrellarse en el cielo raso, es decir, en la superficie marina. Una vez allí quedaba flotando y recogerlo desde la barca era fácil. También en estos lanzamientos mi primo el sordo desplegaba una habilidad particular; tenía pulso y puntería; con un golpe decidido conseguía centrar en su tiro en un cubo que el tendíamos desde la barca. En

cambio yo a veces erraba el tiro; la cucharada no conseguía vencer la atracción lunar y me caía en un ojo.

Todavía no lo he dicho todo sobre las operaciones en que se destacaba mi primo. Aquel trabajo de exprimir leche lunar de las escamas era para él una especie de juego; en lugar de la cuchara a veces le bastaba meter debajo de las escamas la mano desnuda o sólo un dedo. No procedía con orden sino en puntos aislados, yendo a saltos de uno a otro, como si quisiera gastar bromas a la Luna, darle una sorpresa o directamente hacerle cosquillas. Y donde él metía la mano brotaba el chorro de leche como de las ubres de una cabra. Tanto que bastaba seguirlos y recoger con cucharas la sustancia que hacía rezumar aquí y allá, pero siempre como por casualidad, porque los itinerarios del sordo no parecían responder a ningún claro propósito práctico. Había puntos, por ejemplo, que tocaba solamente por el gusto de tocarlos: intersticios entre escama y escama, pliegues desnudos y tiernos de la pulpa lunar. A veces mi primo los apretaba, no con los dedos de la mano, sino —en una serie bien calculada de saltos— con el dedo gordo del pie (subía a la Luna descalzo) y parecía que aquello fuera para él el colmo del placer, a juzgar por el gañido que emitía su úvula y los nuevos saltos que seguían.

El suelo de la Luna no era uniformemente escamoso, sino que mostraba zonas desnudas irregulares de una resbalosa arcilla pálida. Al sordo, esos espacios suaves le inspiraban cabriolas o vuelos casi de pájaro como si quisiera incrustarse en la pasta lunar con toda su persona. Como se iba alejando, en cierto momento lo perdíamos de vista. En la Luna se extendían regiones que nunca habíamos tenido motivo o curiosidad de explorar, y allí desaparecía mi primo; y a mí se me había ocurrido que todas aquellas cabriolas y pellizcos que satisfacían sus antojos ante nuestra vista sólo eran una preparación, un preludio de algo secreto que debía de desarrollarse en las zonas ocultas.

En aquellas noches de los Escollos de Zinc el nuestro era un humos especial, alegre pero un poco expectante, como si dentro del cráneo sintiéramos, en lugar del cerebro, un pez que flotara atraído por la Luna. Y navegábamos así con la música y el canto. La mujer del capitán tocaba el arpa; tenían unos brazos larguísimos, plateados aquellas noches como anguilas, y axilas oscuras y misteriosas como erizos marinos, y el sonido del arpa era tan dulce y agudo, tan dulce y agudo que casi no se podía soportar, y teníamos que lanzar largos gritos, no tanto para acompañar la música como para protegernos el oído.

Medusas transparentes afloraban a la superficie marina, vibraban un poco, echaban a volar hacia la Luna ondulando. La pequeña Xlthlx se divertía atrapándolas en el aire, pero no era fácil. Una vez, al tender los bracitos para alcanzar una, dio un salto y se encontró también flotando. Como era delgaducha le faltaban algunas onzas para que la gravedad la devolviera a la Tierra venciendo la atracción lunar, así que volaba entre las medusas suspendida sobre el agua. De pronto se asustó, se echó a llorar, después se rió, se puso a jugar atrapando al vuelo crustáceos y pececillos, llevándose algunos a la boca y mordisqueándolos.

Siguiéndola, nosotros navegábamos: la Luna corría por su elipse arrastrando por el cielo aquel enjambre de fauna marina y un jirón de algas ensortijadas, y la niña suspendida en el medio. Xlthlx tenía dos trencitas delgadas que parecían volar por su cuenta, tendidas hacia la Luna; pero entre tanto pataleaba, daba puntapiés al aire como si quisiera luchar contra aquel influjo, y los calcetines —en el vuelo había perdido las sandalias— se le escurrían de los pies y colgaban atraídos por la fuerza terrestre. Nosotros, subidos a la escalera, tratábamos de atraparlos.

Eso de ponerse a comer los animalitos flotantes había sido una buena idea; cuanto más aumentaba el peso de Xlthlx, más bajaba hacia la Tierra; además, como entre aquellos cuerpos suspendidos el suyo era el de mayor masa,

moluscos y algas y plancton empezaron a pesar sobre ella y la niña quedó cubierta de minúsculas cáscaras silíceas, caparazones quitinosos, carapachos y filamentos de hierbas marinas. Y cuanto más se perdía en esa maraña, más iba librándose del influjo lunar, hasta que rozó la superficie del agua y se zambulló.

Remamos rápido para recogerla y socorrerla; su cuerpo había quedado imantado y tuvimos que esmerarnos para quitarle todo lo que se le había incrustado. Corales tiernos le envolvían la cabeza, y del pelo, cada vez que pasaba el peine, llovían anchoas y camarones; los ojos estaban tapados por conchas de lapas que se pegaban a los párpados con sus ventosas; tentáculos de sepias se enroscaban alrededor de los brazos y el cuello, y la chaquetita parecía ahora tejida sólo con algas y esponjas. Le quitamos lo más gordo, y durante semanas ella siguió despegándose mejillones y conchillas, pero le quedó para siempre la piel punteada por minúsculas diatomeas, bajo la apariencia —para quien no miraba bien— de un fino polvillo de lunares.

Así se disputaban el intersticio entre Tierra y Luna los dos influjos que se equilibraban. Diré más: un cuerpo que bajaba a Tierra desde el satélite permanecía por algún tiempo cargado de fuerza lunar y se negaba a la atracción de nuestro mundo. También yo, a pesar de ser alto y gordo, cada vez que había estado allí, tardaba en acostumbrarme de nuevo al arriba y el abajo terrestres y mis compañeros tenían que atraparme por los brazos y retenerme la fuerza, arracimados, colgando de la barca fluctuante mientras yo, cabeza abajo, seguía estirando las piernas hacia el cielo.

—¡Sujétate! ¡Sujétate bien de nosotros! —me gritaban, y a veces en aquel braceo yo terminaba por aferrar un seno de la señora Vhd Vhd, que los tenía redondos y firmes, y el contacto era bueno y seguro, ejercía una atracción igual o más fuerte que la de la Luna, sobre todo si al bajar de cabeza conseguía ceñirle las caderas con el otro brazo, y así

pasaba de nuevo a este mundo y caía de golpe en el fondo de la barca, y el capitán Vhd Vhd me arrojaba un cubo de agua para reanimarme.

Así empezó la historia de mi enamoramiento de la mujer del capitán, y de mis sufrimientos. Porque no tardé en notar a quién se dirigían las miradas más obstinadas de la señora: cuando las manos de mi primo se posaban seguras en el satélite, yo clavaba en ella la vista y leía en su mirada los pensamientos que aquella confianza entre el sordo y la Luna le iba suscitando, y cuando él desaparecía en sus misteriosas exploraciones lunares la veía inquieta, como sobre ascuas y entonces todo me resultaba claro: cómo la señora Vhd Vhd se iba poniendo celosa de la Luna y yo celoso de mi primo. Tenía ojos de diamante, la señora Vhd Vhd, llamaban cuando miraba la Luna, casi desafiante, como si dijera: «¡No lo conseguirás!». Y yo me sentía excluido.

De todo esto el que menos se daba por enterado era el sordo. Cuando lo ayudábamos a bajar tirándolo —como os he explicado— de las piernas, la señora Vhd Vhd perdía todo recato, echándole encima, generosa, el peso de su persona, envolviéndolo en sus largos brazos plateados; yo sentía una punzada en el corazón (cuando me agarraba a ella su cuerpo era dócil y amable, pero no se echaba adelante como con mi primo), mientras él parecía indiferente, perdido todavía en su arrobamiento lunar.

Yo miraba al capitán preguntándome si él también notaría el comportamiento de su mujer; pero ninguna expresión pasaba jamás por aquella cara roída por el salitre, surcada de arrugas embreadas. Como el sordo era siempre el último en despegarse de la Luna, su descenso daba la señal de partida de las barcas. Entonces, con un gesto insólitamente amable, Vhd Vhd recogía el arpa del fondo de la barca y la tendía a su mujer. Nada podía separarla más del sordo que el sonido del arpa. Yo empezaba a entonar aquella canción melancólica que dice: «Boyan boyan todos

los peces relucientes, y los peces oscuros se van al fondo, al fondo...» y todos, menos mi primo, me hacían coro.

Cada mes, apenas pasaba el satélite, el sordo volvía a su indiferencia hacia las cosas del mundo; sólo la cercanía del plenilunio lo despertaba. Aquella vez yo me las había ingeniado para estar en el turno de los que subían y quedarme en la barca, junto a la mujer del capitán. Y apenas mi primo había trepado la escalera, la señora Vhd Vhd dijo:

—¡Hoy quiero subir yo también!

Nunca había ocurrido que la mujer del capitán fuera a la Luna. Pero Vhd Vhd no se opuso, al contrario, la levantó casi en vilo hasta la escalera, exclamando: —¡Pues anda!— y todos empezamos a ayudarla y yo la sostenía de atrás, y la sentía en mis brazos redonda y suave, y para soportarla apretaba contra ella las palmas y la cara, y cuando sentí que subía a la esfera lunar me dio tanta congoja el contacto perdido, que traté de seguirla diciendo:

—¡Yo también voy un rato arriba a echar una mano!

Algo como una tenaza me detuvo.

—Tú te quedas aquí, que también hay que hacer —me ordenó, sin alzar la voz, el capitán Vhd Vhd.

Las intenciones de cada uno ya estaban claras a aquel momento. Y sin embargo yo no entendía, todavía hoy no estoy seguro de haberlo interpretado todo exactamente. No cabía duda de que la mujer del capitán había alimentado largamente el deseo de retirarse allí arriba con mi primo (o por lo Menos, de no dejar que él se retirase solo con la Luna), pero probablemente su plan, que habría sido urdido en inteligencia con el sordo, tenía un objetivo más ambicioso: esconderse juntos allí arriba y quedarse un mes en la Luna. Pero puede ser que mi primo, como era sordo, no hubiera entendido nada de lo que ella había tratado de explicarle, o que directamente ni siquiera se hubiese dado cuenta de que era objeto de los deseos de la señora. ¿Y el capitán? No esperaba otra cosa que liberarse de su mujer, tanto que apenas ella quedó confinada allá arriba, vimos

que se abandonaba a sus inclinaciones y se hundía en el vicio, y entonces comprendimos por qué no había hecho nada por retenerla. ¿Pero sabía ya desde el principio que la órbita de la Luna se iba ensanchando?

Ninguno de nosotros podía sospecharlo. El sordo, quizás únicamente el sordo: de esa manera larvada en que sabía las cosas, había presentido que aquella noche le tocaba despedirse de la Luna. Por eso se escondió en sus lugares secretos y sólo reapareció para volver a bordo. Y fue inútil que la mujer del capitán lo siguiera: la vimos atravesar la extensión escamosa varias veces, a lo largo y a lo ancho, y cómo de pronto se detuvo mirando a los que habíamos permanecido en la barca, casi a punto de preguntarnos si lo habíamos visto.

Claro que había algo insólito aquella noche. La superficie del mar, aunque tensa como siempre en el plenilunio y arqueándose casi hacia el cielo, ahora parecía aflojarse, laxa, como si el imán lunar no ejerciera toda su fuerza. Y sin embargo se hubiera dicho que la luz no era la misma de los otros plenilunios, como si se hubiese espesado la tiniebla nocturna. Incluso los compañeros, arriba, parecieron darse cuenta de lo que estaba sucediendo porque alzaron hacia nosotros sus ojos despavoridos. Y de sus bocas y las nuestras, al mismo tiempo, brotó un grito:

—¡La Luna se aleja!

Todavía no se había apagado ese grito cuando en la Luna apareció mi primo corriendo. No parecía asustado, ni siquiera sorprendido; posó las manos en el suelo para la cabriola de siempre, pero esta vez después de lanzarse al aire se quedó allí, suspendido, como ya le había sucedido a la pequeña Xlthlx, durante un momento dio unas volteretas entre Luna y Tierra, se puso cabeza abajo y con un esfuerzo de los brazos como el nadador que debe vencer una corriente, se dirigió, con insólita lentitud, hacia nuestro planeta.

Desde la Luna los otros marineros se apresuraron a seguir su ejemplo. Ninguno pensaba en hacer llegar a la barca la leche recogida, ni el capitán los reprendía por ello. Ya habían esperado demasiado, la distancia era ahora difícil de atravesar; por más que trataban de imitar el vuelo o la natación de mi primo, se quedaron agitando los brazos, suspendidos en mitad del cielo. —¡Apretad filas, imbéciles, apretad filas!— gritó el capitán. A su orden los marineros intentaron reagruparse, juntarse, pujar todos juntos para llegar al zona de atracción terrestre, hasta que de pronto una cascada de cuerpos se precipitó en el mar.

Las barcas remaban ahora para recogerlos. —¡Esperad! ¡Falta la señora!— grité. La mujer del capitán también había intentado el salto, pero se había quedado flotando a pocos metros de la Luna y movía muelle, mente en el aire los largos brazos plateados. Me trepé a la escalerilla y en el vano intento de ofrecerle un asidero le tendí el arpa. —¡No llego! ¡Hay que ir a buscarla!— y traté de lanzarme blandiendo el arpa. Sobre mí el enorme disco lunar se había achicado tanto de no parecía el mismo de antes, y ahora se iba contrayendo cada vez más como si fuese mi mirada la que lo empujaba, y el cielo despejado se abría de par en par como un abismo en cuyo fondo las estrellas se iban multiplicando y la noche se volcaba sobre mi como un río de vacío, me inundaba de zozobra y de vértigo.

«¡Tengo miedo! —pensé—. ¡Tengo demasiado miedo para arrojarme! ¡Soy un cobarde!» y en ese momento me arrojé. Nadaba por el cielo furiosamente, y tendía el arpa hacia ella, y ella en lugar de venir a mi encuentro, daba vueltas sobre sí misma mostrándome ya la cara impasible, ya el trasero.

—¡Unámonos! —grité, y ya la alcanzaba y la tomaba por la cintura y enlazaba mis miembros con los suyos—. ¡Unámonos y caigamos juntos! —Y concentraba mis fuerzas en unirme más estrechamente a ella, y mis sensaciones en gustar la plenitud de aquel abrazo. Tanto que tardé en advertir

que lo que conseguía era arrancarla de nuevo a su estado de suspensión, pero para hacerla caer en la Luna. ¿No lo advertí? ¿O ésta había sido desde el principio mi intención? Aún no había logrado formular mi pensamiento cuando un grito irrumpió de mi garganta—: ¡Yo soy el que se quedará contigo un mes! —y— ¡Sobre ti! —gritaba en mi excitación —: ¡Yo sobre ti un mes! —y en aquel momento la caída en el suelo lunar disolvió nuestro abrazo, nos hizo rodar a mí de este lado y a ella del otro entre aquellas frías escamas.

Alcé los ojos como cada vez que tocaba la corteza de la Luna, seguro de encontrar sobre mí el nativo mar como un techo inmenso y lo vi sí, lo vi también esta vez, ¡pero cuánto más alto y cuán exiguamente limitado por sus contornos de costas y escollos y promontorios, y qué pequeñas parecían las barcas e irreconocibles las caras de mis compañeros y débiles sus gritos! Me llegó un sonido poco distante: la señora Vhd Vhd había encontrado su arpa y la acariciaba insinuando un acorde apesadumbrado como un llanto.

Comenzó un largo mes. La Luna giraba lenta en torno a la Tierra. En el globo suspendido ya no veíamos nuestra orilla familiar sino el transcurrir de océanos profundos como abismos, y desiertos de casquijo incandescente, y continentes de hielo, y selvas bullentes de reptiles, y las paredes de roca de las cadenas montañosas cortadas por el filo de ríos impetuosos, y ciudades palustres, y necrópolis de tufo, e imperios de arcilla y fango. La lejanía untaba todas las cosas del mismo color: las perspectivas extrañas volvían extrañas todas las imágenes; manadas de elegantes y mangas de langosta recorrían las llanuras tan igualmente vastas y densas y tupidas que no se diferenciaban.

Tendría que haber sido feliz: como en mis sueños estaba solo con ella, la intimidad con la Luna, tantas veces envidiada a mi primo, y la de la señora Vhd Vhd, eran ahora mi privilegio exclusivo, un mes de días y noches lunares se extendía ininterrumpido delante de nosotros, la corteza del satélite nos nutría con su leche de sabor acidulado y familiar,